

Prácticas Sociales

en un relato de Gálvez Ronceros
/ Una relectura

Santiago López Maguiña UNMSM

L

a puesta en escena de los relatos de Monólogo desde las tinieblas de Antonio Gálvez Ronceros (1999) se inscribe en el horizonte de la oposición entre dos formas de vida en una provincia costeña del sur del Perú, donde es importante la presencia de una población de origen africano: la forma de vida rural y la forma de vida urbana. Pero en una dimensión más específica encaja dentro de esa oposición el contraste entre la forma de vida de los campesinos negros, con la de los campesinos y los ciudadanos no negros, que es una situación definida por una confrontación de tipo racial. Uno de los relatos donde ese contraste resalta es "Octubre", objeto de un precioso análisis realizado por Fernando Vidal, recordado profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, hace poco más de treinta años (Vidal: 1979) y que en esta ocasión se toma como punto de partida de la meditación semiótica que se inicia, mediante la cual se rinde homenaje tanto a Antonio Gálvez Ronceros como a Fernando Vidal.

INOCENCIA Y VERGÜENZA

En el relato mencionado se desarrolla la actuación de un hombre de campo de raza negra que orina de manera ininterrumpida en una calle cercana a otra donde transcurre la procesión del Cristo Crucificado en el mes de octubre. Antes ha comido y bebido copiosamente, no solo como se bebe y se come en tiempos de fiesta, sino mucho más, de una manera excesiva, hiperbólica, que sobrepasa incluso los límites tolerados en momentos de jolgorio. Ha bebido con su amigo Froilito 200 botella de vino, lo que naturalmente lo obliga más tarde a una micción sobreabundante, que forma un largo canal y que crea fastidiosos charcos para los vecinos y feligreses. Mientras cumple con eliminar el líquido acumulado en su cuerpo del modo natural e inocente en que siempre lo ha hecho en el campo se aproxima un policía y como es esperar lo amonesta de un modo interrogativo, pero rotundo con una intensidad de tono propio de la autoridad que reprende.

La escena que se suscita en esa situación es absurda en el nivel del enunciado e hilarante en el de la enunciación. Dos interpretaciones de la micción en la calle se enfrentan en la escena que se despliega. La del campesino y la del guardia urbano. Para el primero es un acto natural, un apremio biológico que debe cumplir. Para el segundo, en cambio, es un acto prohibido, que las regulaciones de la ciudad impiden. El campesino asume que orinar es una práctica que puede realizar cuando la naturaleza se lo exige, mientras que para el policía es una práctica que debe acomodarse a las reglas del pudor que rigen la ciudad. Se percibe de inmediato que ambas interpretaciones se inscriben en formas de vida opuestas. Una en que aquello que concierne a lo natural y a la desnudez es tomado de un modo pueril, y otra en que es tomado como expresión de lo ilegal y de lo obscuro.

Cuando el policía le increpa al hombre que lo que está haciendo en la calle es vergonzoso, "¡Oiga! – le gritó un guardia que lo sorprendió –. ¿No le da vergüenza?", el enunciadore refiere que el "negro levantó con calma, casi con mansedumbre la cara; puso en el guardia

una mirada neutra, pero como si el guardia no fuera el dueño de la voz bajó la cara de inmediato y volvió a dejar los ojos fijos en el suelo". Respecto del policía que censura, el campesino, si bien sorprendido, responde con tranquilidad, quietamente, a pesar que está borracho. El enunciador inclusive pone el acento en el sosiego con que lo hace, "levantó con calma, casi con mansedumbre la cara". Desde el punto de vista del enunciatario, del sujeto a quien se dirige el discurso, sin embargo, puede suponerse que ante el policía que lo interrumpe en su cometido quizás debería haber respondido con turbación y agitación, pues ser regañado mientras uno orina tendría que producir algún tipo de azoramiento. Pero no. La respuesta es en cambio de embobamiento y de serenidad. El requerimiento simplemente no se entiende, no tiene sentido en el horizonte significante del "negro". Orinar en la calle, lugar abierto, no cuenta para éste como un valor vergonzoso o impúdico. Para él se diría que la calle es igual que el campo, espacio donde es posible mear al desgaire.

Desde el punto de vista del policía, en cambio, la acción del "negro" solo debería cumplirse en un lugar privado y cerrado, fuera de la vista de otras personas, pero lo que es más importante, presupone que el campesino conoce las normas urbanas con relación al pudor. Entiende que con respecto a ese sentimiento hay convenciones indiscutibles y compartidas por todos. La conducta del "negro" se presenta por eso indecente, respecto de las normas de urbanidad y los protocolos de la ciudad. Surge de esa manera una perturbación que obliga a la intervención represora del policía, que podría equipararse a la intervención estratégica cuya finalidad es acomodar prácticas o actuaciones que se obstaculizan de modo que aquella que fuera incongruente con una primera se torne conforme a esta.

Esa es la práctica que para el policía toma forma: para él la conducta del negro debe ser sancionada, porque no se conforma a las regulaciones protocolares y legales de la ciudad. Esa disconformidad que suscita la sensación inicial de una falta de sentido, el sentimiento de una grave anomalía, hace depender en segundo lugar un esquema consistente en el análisis de la situación y que en tercer lugar se resuelve en la definición de un programa de acción, es decir, en la activación de ciertas condiciones del hacer (modalidades en el lenguaje semiótico), que culminan en las operaciones tendientes a superar la falta de sentido. Estas operaciones en último término persiguen acomodar la práctica (el orinar en la calle sin recato) que ha alterado a aquella impuesta por las reglas de la ciudad (que obligan a orinar si la urgencia apremia en lugares reservados o que al menos oculten la operación).

El "negro", en cambio, no encuentra anomalía en el acto de orinar, mientras que la actuación del policía le resulta sorprendente. Por eso no explica por qué le llama la atención y lo conmina a responder una pregunta que carece de sentido y para la que él no tiene otra respuesta que continuar pacientemente con la descarga, y, lo que es resaltado, de modo indiferente al medio en que ocurre. Orinar es un acto natural que puede hacerse sin reserva allí en donde a uno le venga la gana, literalmente hablando.

Lo que se ve en esa escena es por consiguiente un malentendido que sucede porque la interacción comunicativa (por así decirlo) que tiene lugar se desarrolla entre actores que no comparten los mismos valores, los mismos códigos, los mismos protocolos. Entre el policía, representante del Estado, que presupone que el otro (el "negro") debe saber cómo comportarse en la ciudad y el "negro" cuyo propio saber ignora el contenido de los enunciados del policía. De esta manera se observa que mientras para éste lo que el campesino realiza tiene una significación precisa, para aquel no. Para el negro, por su lado, la actuación del hombre del orden es insignificante y desde los puntos de vista de su propia forma de vida inconcebible. El siguiente esquema procedente de la reflexión semiótica de Jacques Fontanille que orienta este artículo puede servir para visualizar el análisis que se desarrolla (Fontanille: 2008).

Forma de vida [Ethos]	Rural afro peruano	Urbano no afro peruano
Estrategias [Coyuntura]		Reprensión
Prácticas [Vivencias]	Conductual natural [Orinar en la calle]	Protocolar legal [No orinar en la calle]
Objetos [Sensaciones]	Genitales mostrados	Genitales ocultos
Enunciados [Interpretaciones]	Relativos a la naturaleza	Relativos al pudor
Signos [Percepciones]	Orinar	No orinar
	Desnudez	Vestimenta



El “negro” no tiene necesidad de acomodar o ajustar su conducta (definida por una querer hacer) a alguna práctica procedimental (definida por un saber hacer) o protocolar (definida por un saber y un deber hacer) o ritual (determinada por un creer). En esa medida no pone en acción ninguna estrategia. Su actuación es completamente espontánea. La ausencia de saber y de una estrategia de acomodación por parte del “negro” constituye la expresión práctica de su completa inocencia. Este personaje realiza una práctica, la de la micción en la calle de una ciudad donde se lleva a cabo una procesión, cuya intencionalidad no tiene un contenido indecente. De ningún modo es un actor exhibicionista, ni es constitutivamente agresivo. Y solo reacciona con cierta agresividad cuando se ve perturbado y es de subrayar que cuando percibe que el peligro cunde sobre él huye.

LA IMPOSIBLE “COMUNICACIÓN” CON EL OTRO.

La conducta impúdica, réproba e insolente del “negro” motiva una acción mucho más decisiva por parte del policía que la simple reprensión verbal. Ordena al hombre ir con él a la comisaría. En esa circunstancia se desarrolla una situación inesperada para el policía. El negro, desconcertado por lo que acontece, acepta ir al cuartel policial, después de dudarlo. Pero de inmediato el policía detiene su paso con rotundez. Allí ocurre lo siguiente:

“Miró con disimulo a uno y otro lado y añadió con voz sorda y secreta: – Guarde usted eso. El negro escrutó los ojos del guardia, como si no entendiera; siguió el rumbo que esbozaron de modo huidizo los ojos del guardia y se miró el miembro.

Yo no guardo naa – dijo, y lo dejó afuera. El miembro parecía un brazo de muchacho.

¡Cómo! ¿Así va a ir a la comisaría?

Así e, señó.

¿Qué? Vamos, guarde usted eso.

Así to bien

¿No ve que la gente va por todas partes? ¡Guárdelo le he dicho!

Entonces el negro dijo:

Si tanto se preocupa pa que no lo vean, guádemelo, pue, uté. Ahí queda – y ocultó las manos atrás.

El guardia endureció la mandíbula y el cuello, murmuró algo ininteligible, pero hizo un gesto de vacilación y se alejó”

La escena que se suscita pone a prueba la autoridad del guardia. En ella aparentemente el negro desafía al custodio del orden. No hace caso de lo que le manda. Como en la primera reconvención se espera que el campesino debiera acatar lo que se le ordena. Ocurre, sin embargo, que no responde con la sumisión respectiva. Eso puede interpretarse como un reto, pero si se asume que su conducta surge de la falta de conocimientos respecto de los protocolos propios de la ciudad, tiene que concluirse que su actuación no tiene esa intencionalidad y que su respuesta obedece a regulaciones ajustadas a la forma de vida de campesina, en tanto que la intensidad de su enunciación hay que atribuirle a su estado etílico. Orinar en todo caso en los espacios abiertos del campo es una acción determinada por coacciones corporales y no hay razón para avergonzarse de ese acto ni para ser reprendido por eso, y menos condenado y apresado. La réplica del “negro” por eso es completamente inocente, como ya se dijo. Por el lado del policía las cosas, en cambio, resultan más complicadas. El transgresor no hace caso de sus reprimendas y se muestra desafiante e intimidador. Sobre todo cuando se le conmina a guardar su miembro bajo la bragueta, pues no podría dirigirse a la comisaría con el pene al aire. La contestación a la amonestación es muy provocadora. El campesino se niega a cumplirla y replica que si al policía no le gusta la exhibición del miembro masculino debiera él guardarlo. Esta propuesta es, como puede verse, no solo inadmisibles, pues nadie podría cumplirla (únicamente el mismo poseedor del aparato objeto) ni tampoco debería hacerla, sino también es desafiante, aunque aparentemente no sea esa la intención. Esa es la impresión que se tiene, dada la ingenuidad o candidez con que actúa el negro. Y ella más bien parece derivar del



fastidio. Pero para el policía es un desafío que actualiza una amenaza, el hecho horroroso que podría producirse de tocarse un miembro viril que no fuera el suyo.

Desde un punto de vista semiótico el miembro viril descubierto es un objeto en el que se inscriben los enunciados culturales referidos al sexo, los cuales llevan valorizaciones positivas y negativas respecto del goce según se trate del género. El pene es órgano de la reproducción y del placer, y de acuerdo a la orientación de los sujetos que se interrelacionan puede despertar deseo o temor, si se limita el análisis al campo de la sexualidad, que es ambivalencia que genera desconcierto y por eso la conveniencia de mantenerlo públicamente oculto. Claramente para el policía es un objeto de temor. La propuesta de tocarlo lo espanta y aleja, como si su contacto lo pudiera dañar. Lo que puede deducirse es que el custodio del orden se haya intimidado porque una acción de ese tipo es insólita e impropia por el hecho de que un hombre se lo hubiera propuesto a otro hombre y por el hecho de que si la propuesta hubiese terminado en una resolución afirmativa y eso hubiera significado que el policía fuese sospechoso de homosexualidad.

Pero también resulta mortificante para el guardia que el hombre que, por supuesto, durante todo el diálogo no ha dejado de orinar se negara a guardar la verga e ir con ella al desgaire hasta la delegación de policía, lo que no solo habría constituido una infracción contra las normas del recato, sino escándalo mayúsculo concerniente con las prohibiciones más profundas del universo cultural urbano. Su alejamiento por eso puede interpretarse como una muestra del reconocimiento de la imposibilidad de hacer valer su autoridad ante la dificultad de persuadirlo y de asumir que el "negro" ignora los códigos del pudor ciudadano.

Esta situación muestra que no hay estrategia operativa en caso de producirse una interrelación entre interlocutores que no comparten los mismos códigos culturales y que cualquier propósito de acomodar prácticas extrañas entre sí está destinado al fracaso. Las formas de vida no se expresan por eso en prácticas óptimas, sino sobre todo a través de objetos, de enunciados y de signos. La vida natural se figurativiza en el signo de la verga al aire que no cesa de excretar orina, mientras que la vida artificial en la verga oculta y que quizás se conecta con la contención a desaguar a pesar de la urgencia en razón de las regulaciones urbanas. La vida de la ciudad está regida por prohibiciones y permisiones precisas tanto escritas como orales sobre las deposiciones del excremento humano. Esos actos deben ser realizados en privado y en lugares reservados. En contraposición la vida en el campo, de acuerdo a la representación que presenta este relato, no tiene las mismas regulaciones. En ese ámbito puede orinarse y defecarse en público y en lugares no necesariamente reservados para tal fin. Para el campesino, por otro lado, las deyecciones pueden tener un valor positivo y ser considerados parte importante del ciclo vital de generación y regeneración de la naturaleza como en el universo de la Edad Media y en Renacimiento estudiado por Bajtin a partir de la obra de François Rabelais (Bajtin: 1973).

LOS SIGNOS ESTATALES Y EL FRACASO POLICIAL.

La práctica policial urbana (ejercicio cuyo propósito es la seguridad y el mantenimiento del orden) y la práctica corporal de la evacuación de orina tal como la entiende un campesino de origen africano constituyen, por consiguiente, prácticas incongruentes y de imposible amoldamiento. Esa situación se percibe con más claridad en la secuencia que sigue a la recién analizada. Tras la partida del policía el campesino sigue haciendo sus necesidades con la misma tranquilidad y la misma abundancia con que la había iniciado. Poco tiempo después sin embargo su placentera actividad es interrumpida por otro guardia, que igualmente le conmina a dejar de orinar en la calle ante la vista de los peatones. Pero como en la secuencia precedente el negro responde al requerimiento con la misma desvergüenza e indiferencia protocolar con que lo había hecho antes. Esta vez, sin embargo, a diferencia del primer guardia, como lo apunta Fernando Vidal, en vez de recriminarle por algo inasible como la "vergüenza", demanda al infractor por sus documentos de identidad, los cuales no lleva consigo, por supuesto; hecho respecto a lo que informa con la misma naturalidad e inocencia con que ya lo había efectuado cuando fue amonestado por su falta de recato. Simplemente no había llevado a la ciudad sus "papeles". Y esa situación se impone, gracias a la forma inocente con que es enunciada, como un estado no solo irreparable sino ajustado a las reglamentaciones. El "negro" de ese modo, lo sugiere Luis Fernando Vidal, logra acomodar lo oficial, lo estatal, a los dominios de lo informal. Las buenas maneras



En la presentación del libro *Los Inocentes* de Oswaldo Reynoso, en el Bar *Palermo* en 1961: AGR, Hugo Bravo, Wáshington Delgado, Nícida Coronado, Ricardo Espinoza, Javier Sologuren,--.

En la presentación de *Los inocentes*, de Oswaldo Reynoso, en el Bar Palermo, 1961. De izquierda a derecha: ~~AGR~~ Gálvez Ronceros, Hugo Bravo, Wáshington Delgado, Nícida Coronado, [?], Javier Sologuren, [?]



Wáshington Delgado, José Antonio Bravo, Luis Fernando Vidal, AGR y Manuel del Priego



de la ciudad quedan arruinadas por la espontaneidad dócil, pero indómita del infractor. Pero cuando luego se interroga al campesino de dónde ha venido, la explicación que da termina por imponer definitivamente, según la lectura de Vidal, la evidencia de una inocencia determinada por la vida en el campo y por el origen étnico, que son condiciones indiscutibles. Ante la respuesta del “negro” respecto de dónde ha venido, el guardia a su vez interroga: “¿Y desde lejos viene usted a orinarse en la ciudad?” El hombre esclarece que ha llegado por las fiestas y que se ha bebido y comido en exceso. Vidal comenta: al lado de la explicación “la hipérbole, nueva exageración que transgrede las leyes de la fisiología: el negro tiene en el estómago una cena realmente pantagruélica” (Vidal: 62). La primera exageración es la micción interminable. Habría que añadir que junto a ella aparece el exagerado miembro. De ahí nace la consideración de que lo que perturba en el acto que realiza el “negro” sean las exageraciones, los excesos, porque lo moderado no hubiera alterado. Son los excesos los que traen como consecuencia la falta de sentido que inicia las acciones represoras. De otro modo estas hubieran pasado desapercibidas. Las dimensiones de la comida y de la bebida, por otra parte, que afirma haber ingerido el “negro” aparecen como una evidencia suficiente para justificar las dimensiones de la micción, que motivan a su vez la ausencia de sanción. Vidal comenta: “el guardia decide dejar en libertad al negro, quien, con toda simpleza y una guasa que hace sonreír dice que todavía no puede irse porque el policía con su charla no lo ha dejado terminar” (Vidal: loc. cit.). En seguida el hombre del orden “señala la urgencia de cautelar – sigue comentando Luis Fernando Vida – la sanidad y el ornato públicos (...): ‘¡Váyase a las afueras! ¿No ve que ésta ensuciando?’”(Loc.cit.), advertencia que recibe la siguiente réplica: “E que aquí miagara eta vaina y las agujeras tan muy lejo” (Loc.cit.). El diálogo es crucial y permite distinguir dos modos de enfrentar las urgencias de la deyección urinaria, que revelan a su vez dos formas de vida. Luis Fernando Vidal propone el siguiente esquema para explicar esa diferencia:

“¡Váyase a las afueras! Extramuros = extranorma (CAMPO)	vs	¿No ve que está ensuciando?” Ciudad = salubridad + ornato (CIUDAD)
---------------------------------------------------------------	----	--------------------------------------------------------------------------

(CIUDAD)	vs	(CAMPO)
Necesidades en momento y lugar debidos		Necesidades en el momento y y lugar donde llegue la gana
“E que aquí miagara eta vaina y		las agujera tan muy lejo”

CELEBRACIÓN RELIGIOSA Y FIESTA POPULAR.

Esta vez el hombre del orden insiste, pero con serenidad escucha las razones que da el infractor respecto a su acción y a la enorme cantidad de su desagüe y con aquiescencia le aconseja terminar e irse. El hombre, sin embargo, sigue en su empeño. Ocurre que “Atraídos por la discusión, algunos devotos que venían de acompañar al Cristo Crucificado se habían detenido – cuenta el narrador – y formaban como un círculo alrededor del guardia y el negro”. Pero “como el negro seguía con el miembro afuera mientras discutía, los curiosos procuraban mantenerse prudencialmente retirados obedeciendo a una especie de precaución instintiva”.

Se destaca, en consecuencia, que el órgano objeto que el negro exhibe tiene un lugar fundamental en el incidente. La cantidad de líquido que desagua lo es también, pero ello constituye una mortificación que puede ser afrontada y superada. En cambio el miembro expuesto despierta una cautela automática, propia de la respuesta corporal y animal que lo amenazante desata. A lo mejor tal prudencia tiene que ver con la estatura del negro, de



quien se dice que es alto, pero más probable es que la circunspección se refiere a la desmesura, a la desproporción del tamaño de su miembro y que define una posible posición de dominio. Es de observar aquí que desde el punto de vista social el negro campesino ocupa un lugar subordinado en la escala social, siempre y cuando se mantiene en el rol que le quepa cumplir. Pero desde el punto de vista somático, como hombre desnudo parece colocarse en una ubicación superior, dada por la naturaleza. Sin embargo, por ello mismo se sitúa en un espacio de alteridad, en un lugar extraño al de los ciudadanos, que con su recato y temor frente a los genitales exteriorizados lo confirman. Diríase que en esta circunstancia el cuerpo desnudo sin las ataduras ni el corsé de las normas y protocolos urbanos se impone al cuerpo vestido encorsetado. El cuerpo encajado en el escenario del mundo natural triunfa en cierta manera sobre el cuerpo desconectado de él. Se podría decir que la práctica natural rural toma la posición dominante y que la práctica cultural urbana toma una posición subordinada. El hombre que orina en la calle puede seguir haciéndolo a pesar de los mandatos, los requerimientos y el merodeo de los curiosos.

Ahí es cuando esa situación, ventajosa aparentemente para el negro, porque no tiene ninguna estrategia de acomodación, ningún interés por hacer de su conducta patrón de comportamiento urbano, interviene una “vieja de negro rebozo”. Una mujer cubierta con un manto negro, que es el color del luto y de algunos ceremoniales protocolares, y también es el color de algunas celebraciones religiosas, especialmente de la Semana Santa.

“Una vieja vino a sumarse al grupo, hurgó con toda la cara y dio un increíble salto hacia atrás, como si la hubieran apartado de un puntapié. Por un instante quedó paralizada frente al grupo, la boca y los ojos desbaratados de espanto, como si en medio de aquellos hombres hubiera visto el cuerpo entero de Satanás”. Sigue la narración: “Enseguida dio la espalda al grupo, agitó con desesperación las manos en lo alto y, poniendo en movimiento una incalculable cantidad de arrugas, echó a correr hacia la calle de la procesión, gritando:

¡ESTÁN ORINANDO AL SEÑOR!”

Si los curiosos, al parecer todos hombres, observan con distancia cautelosa y silencio al perturbador del orden, la vieja que lo ve expresa rápidamente su espanto y lo traduce en un enunciado condenatorio. Lo que hace el “negro” es una horrorosa afrenta a Dios, ensuciar con deyecciones al creador del mundo y rebajarlo a la condición de cosa inmundada e inservible. Con esa ofensa se está perdiendo el sentido que tiene el mundo, la realidad, la vida entera. Es la máxima alteridad, tanto así que ni siquiera se puede pensar ni imaginar. Las intervenciones de los policías habían tenido un propósito disuasivo y represivo, que no llegan a efectivizarse. La intervención de la vieja tiene en cambio el sentido de un llamado de alerta y de convocatoria a una respuesta ante la maligna ofensa hecha al Señor, y que va a tener una efectividad aparentemente imprevista. Los policías requieren al orden, la vieja llama a una confrontación, a un enfrentamiento directo. Los guardias buscan restablecer el orden quebrado apelando a las normas y a los procedimientos estatales, la vieja en cambio trata de hacerlo llamando al uso directo de la violencia. Los policías que son autoridades investidas por los signos respectivos que distinguen el poder que el Estado les ha conferido para usarlo a conveniencia y según la interpretación que hicieran de las circunstancias, proceden mediante acciones disuasivas. Ordenan con una intensidad de tono potente correspondiente al ejercicio de su autoridad y de acuerdo a la situación que tratan de resolver. La vieja, en cambio, cuya vestimenta presenta signos apropiados para el ritual de la procesión en la que se halla participando, pero que también muestra un estilo de vida pegado a la religión, exalta a resolución pronta y drástica, sin acciones persuasivas o de propósitos contractuales. Para ella la falta cometida no puede ser sancionada bajo los términos del diálogo y la negociación. Para abreviar respecto a ella uno puede pensar en el estereotipo de la cucufata (Vidal: 63), que en la literatura y en la cultura peruana está asociada con prácticas aparentemente piadosas, que esconden un espíritu perverso: el ejercicio del chisme, la hipocresía y la calumnia, la instigación a la desconfianza, entre otras prácticas retorcidas caracterizan su configuración discursiva. La “vieja” perteneciente a la clase de tal ser malévolos sería entonces quien incita con sus gritos a participar en un castigo inmediato.

En este relato se destaca el hecho de que las fuerzas policías, representantes del Estado, actúan contra aquel que viola las normas de la ciudad de una manera persuasivamente

templada, discreta y benévola, sin dejar de ser firme, pero que termina siendo aquiescente por la imposición de evidencias naturales y el malentendido. Los policías parecen resolver el conflicto en el que intervienen movidos por una suerte de fatiga que resulta del inútil esfuerzo de comunicarse óptimamente con el infractor. Parece que hubieran llegado a la conclusión de que ello es imposible. Pero a la vez se ven inhabilitados de encontrar una forma decorosa de concluir con un problema inusual, de características excesivas. Por el contrario una mujer de edad frente a la conducta del “negro” tiene una actuación resuelta y que resulta óptima en cuanto a la intención de reprimirla. Con sus gritos y aspavientos logra inhibir y finalmente ahuyentar al transgresor. A diferencia de los guardias, como ya de dijo, cuya conducta si bien es firme al principio, luego es en cierta forma condescendiente y, por último, retraída y hasta indolente, la anciana tiene una práctica imperativa, exaltada, intransigente. Ahora bien, la actuación del hombre de campo de origen afroperuano, aunque es una infracción a las normas de urbanidad y del decoro de ninguna manera es un crimen contra Dios, de ninguna manera es una apostasía. Podría decirse por eso que la actuación de la anciana es calumniosa e incitadora de la violencia y fundada en una falsa acusación de profanación. El hombre no ha cometido ofensa o ultraje alguno contra la presencia divina, pero la mujer llama a castigo. ¿Hay maldad en lo que hace? No puede decirse que la anciana busque la venganza malvada, en vez de la comprensión y el perdón cristianos, pero hay en su comportamiento una disposición a la resolución drástica y violenta de la situación perturbadora que el “negro” origina.

En la ciudad, bajo la atmósfera de la fiesta religiosa de octubre, que en el Perú evoca a la mayor celebración religiosa de la capital, envuelta de signos propios de la cultura afroperuana, se perfilan en el relato dos modos de intervención o estrategias tendientes a resolver una situación problemática o perturbadora. El modo policial y el modo de vida religioso que representa la “vieja con rebozo negro”. Modo de ser que privilegia los protocolos sobre los ritos. El deber hacer, sobre el creer. El ejercicio aparatoso y aparente de la fe religiosa sobre su auténtica praxis de oración y de misericordia con respecto a los que más sufren. Ese ejercicio muestra la apariencia de acciones piadosas rigurosas contrarias a las crueles e intransigentes. La actuación de la anciana, sin embargo, incita a la violencia y a la destrucción del otro sentido como una presencia amenazante o inquietante. La vieja cucufata es signo que encarna formas de vida ascéticas y virtuosas en apariencia, en apariencia porque esconden formas que tienen también un carácter lascivo y deshonesto. Gozan con el chisme, son avaras, etc. Aun así, de acuerdo a Luis Fernando Vidal, este personaje representa una forma de vida recatada, virtuosa, angelical, contraria a la que representa en negro, que representa una forma de vida desenfadada, libidinosa, demoníaca.

Para los policías que representan al Estado el suceso perturbador de la exhibición del órgano sexual masculino y de la acción de orinar en público es una infracción cuya sanción puede ser revocada de acuerdo a las circunstancias, para la “vieja” religiosa en cambio es irrevocable y su punición no admite revocación. ¿La policía es, en consecuencia, más tolerante que la devota? Ya se ha dicho que los custodios del orden son más bien reservados e indolentes frente a la desnudez que se muestra excesiva y prominente. Su actuación respecto a la acción infractora no es rigurosa y drástica. Se podría decir que es prudente, aunque sobre todo es consecuencia de la constatación de una imposible comunicación, de la improbable resolución de un malentendido y de la aceptación resignada de una evidencia natural contundente. En cambio, la actuación de la “vieja” se presenta resueltamente intemperante frente a la situación perturbadora. Tal actuación también es excesiva e hiperbólica, signada por sus gritos y sus gestos acentuados, pero sobre todo por sus enunciados, rápidamente creídos por las autoridades políticas y los dignatarios de la iglesia que sin duda presiden la procesión.

Al final, cuando los gritos alarmados de la mujer parecen haber caído en sacos rotos, no haber sido escuchada religiosa, peor aún atendida y ella misma alejado del lugar donde el “negro” orina copiosamente, inundando calles, reaparece “santiguándose y señalando incisivamente” frente a un “apurado cortejo”, en el que se veían “ocho policías, el alcalde, el subprefecto, cuatro sacerdotes llevando sendos crucifijos en la mano derecha y un hombrecillo llevando al parecer una jofaina con agua bendita”. Todo el cortejo presenta personajes de importante significado en lo relativo a la forma de vida que caracteriza a la ciudad y a las prácticas de la procesión católica, una vida regulada por normas y por fuertes regulaciones protocolares y rituales. Los personajes son autoridades policiales y civiles así como dignatarios religiosos. Es de destacar el modo en que los religiosos llevan los crucifijos. Los portan, parece darse a entender, levantados en la mano derecha. Uno puede inducir al menos que ese es signo de una práctica de exorcismo. Como también en este





horizonte religioso procesional parece tener la referencia a la “jofaina con agua bendita”. En ese escenario sobresale “la voz de uno de los sacerdotes” que intenta “abrirse paso” y dice: “Quién es el sacrílego que está orinando al Señor”, que es una interrogación de suyo condenatoria. Se trata de un enunciado en el que se corrobora un hecho sacrílego sin que se sepa aun quién lo ha cometido. Se da por efectuada una acción que merece castigo. La actuación del cura remite entonces a la historia negra de la iglesia católica, al pasado de la Santa Inquisición, encargada de mantener la ortodoxia, que tenía entre sus objetivos la sanción y el castigo de los herejes y las herejías, actores y personajes a los cuales se perseguía, atormentaba y eliminaba de manera muy rigurosa y despiadada. Esta remisión al pasado religioso funciona sin duda en nivel del discurso, en el nivel de la enunciación, de la actividad comunicativa que se suscita en el texto, y se vierte y actualiza en una importante medida en la actuación de los religiosos, en sus enunciados y en los signos que se expresan.

En el nivel del enunciado desde el punto de vista del “negro” esa práctica, de fuerte contenido histórico ritual, no es percibida sin duda en cuanto tal. Este es un personaje, por los signos que denota, de ninguna o nula escolarización alfabética, es un personaje formado dentro de una cultura predominantemente oral, que no ve que quienes se aproximan amenazantes realizan una práctica inscrita en una tradición religiosa y política, de varios siglos. El solo siente en las sonoridades que se emiten y en los movimientos que se efectúan la presencia de un peligro inminente que perturban la paz del acto complementemente natural e inocente que estima realizar y que lo obligan a huir al campo, fuera de la ciudad, allí donde terminará lo que el cuerpo se lo exige.

Es de destacar que en la última secuencia del relato se hacen notorios dos modos de interpretar la fiesta. Uno que interpreta y realiza la fiesta como un rito de abstinencia, de privación, de circunspección, de severidad, de reserva frente a lo sagrado. Y otro que lo interpreta como desenfreno, exuberancia, exaltación. Uno que hace del cuerpo estorbo y motivo de penitencia, y otro que hace del cuerpo medio de goce, de disipación. El primer modo de interpretar la fiesta es de tipo religioso. Es parte de un ritual determinado por el deber de lograr la santidad mediante el sacrificio y la promesa de enmienda. El segundo modo es de tipo profano. La fiesta es un ritual determinado por un querer (aunque también se halle regulado por ciertas reglas y patrones establecidos por la costumbre o por la tradición) que apunta a la liberación, al goce por los bienes recibidos. Uno piensa en la fiesta carnavalesca y esa es precisamente aquella en la que parece estar empeñado en celebrar el “negro”, que para desgracia de él entra en conflicto con la celebración religiosa. Esta es una celebración, por los signos que presenta, relacionada con una concepción que impone obligaciones inflexibles y castigos irrevocables. Una concepción intolerante y brutal.

Es evidente que esa concepción está en el relato analizado asociada con la vida urbana y letrada, que aplica a la realización de las funciones corporales una regulación severa en lo que se refiere a los lugares en que deben efectuarse, así como respecto a los horarios. Mientras que la concepción de la celebración carnavalesca está relacionada con la vida rural e iletrada, que aplica a la realización de las funciones corporales una regulación flexible, aunque puede llegar a la establecer el imperativo al goce, que en el relato analizado no tiene ninguna presencia. Este es un texto en el cual aun el hombre puede ser capaz de afirmar una pertenencia al mundo natural, como es el caso del “negro”, cuando huye de la ciudad vigilante y castigadora.

BIBLIOGRAFIA

- Bajtín, Mijail (1973). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de Rabelais*. Barcelona, Barral Editores.
- Gálvez Ronceros, Fernando (1999). *Monólogo desde las tinieblas*. Lima, PEISA
- Fontanille, Jacques (2008). *Pratiques semiotiques*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Vidal, Fernando (1979). *Al pie de la letra*. Lima, AMARU Editores.



Dibujo de Bruno Portugués